

Por una Arquitectura "razonable"

En el último siglo, la Arquitectura ha recorrido un trayecto que parece haber agotado las opciones derivadas de los conflictos que se pusieron en evidencia en su principio. Si, en sus orígenes, la vanguardia histórica se planteó la necesidad de recuperar tanto la razón pragmática como una cierta moral de carácter civil, como bases primordiales desde las que construir el edificio contemporáneo, en los tiempos que actualmente corren, nos parece urgente volver la vista hacia los cauces abiertos entonces y abandonados sin explorar suficientemente, antes de tiempo.

En aquellos momentos, hoy lo podemos advertir, la cuestión no estaba tanto en la "mezcla de estilos" como en su incoherencia; y lo verdaderamente indeseable se derivaba de una crisis de valores más profunda de lo que se podía suponer entonces. En nuestros días, parece que se puede observar cómo la historia tiende a repetirse. De nuevo, los conflictos derivados de formas empleadas sin sentido con tanta complacencia desde tantos lugares, nos pueden devolver aquella sensación de incertidumbre y de disgusto. Menospreciada y olvidada la Norma, la Razón no se encuentra en la Forma exacerbada.

Incluso quienes ofrendaron, hace bien poco y con tanto entusiasmo, en el altar del Posmoderno, se encuentran afectados de una amnesia, desde la que pretenden invocar unos orígenes en los que nunca se entroncaron.

Parece necesario intentar, una vez más, el cortar por lo sano. Con unos instrumentos que han pasado por la dura experiencia de

haber sido utilizados para justificar, desde la ideología, desarrollos arbitrarios.

Las circunstancias aconsejan sin embargo, moderación y tolerancia tanto como constancia en el esfuerzo. Por ello me parece conveniente que la urgencia de la razón por controlar la forma no pretenda únicamente volver al reino de la Norma.

Que nuestra cultura dominante se encuentre en un proceso de desarticulación y se exprese fundamentalmente como fraccionaria no significa necesariamente que la técnica del "collage" sea la consecuencia de un modo de conocer meramente arbitrario.

Banalizar los resultados del alejamiento social del arquitecto puede no ser tan sólo consecuencia de la ingenuidad y la imprudencia. Quizás se trate de algo más grave. Buscar con lucidez los cauces del entendimiento y seguir con humildad y sin renuncias nuestra senda común puede ser la manera adecuada de llegar a una autonomía razonable...

Habría que compartir las experiencias de los "otros" para entender mejor nuestros propios conflictos y sugerir, con comprensión, que resulta ahora inaplazable regenerar nuestra propia conciencia a base de la reflexión sobre errores pasados. Puesto que "nadie es perfecto", todo puede ser perfeccionable. Busquemos la libertad y la poética, sólo desde donde se hace posible; a partir del rigor.

Ética y razón como pilares de una esperada y necesaria arquitectura razonable. ■

Miguel Angel Baldellou

La arquitectura y el arquitecto

Cada vez estoy más convencido de que el arquitecto, tal y como lo hemos conocido durante 500 años, deberá desaparecer y desaparecerá." (Brian Henderson.)

"La arquitectura del futuro no puede seguir evolucionando de acuerdo con módulos artísticos-artesanales, pese a que los arquitectos sigan aún proyectando y edificando como los constructores de El Escorial." (Dieter V. Schwarze.)

"El sentido de lo 'hecho a mano' tiende a desaparecer. Las condiciones en el mundo de hoy son diferentes. Los cambios provocados por los avances tecnológicos y la industria, unidos a transformaciones profundas y evidentes en lo social, nos obligan a replantear toda la metodología y principios de la arquitectura. Se hace inevitable cambiar la manera de pensar." (Oscar Barahona.)

"En realidad, la mayor parte de la ar-

quitectura llamada moderna y tecnológica está planteada y resuelta con modos anteriores a la revolución industrial. Su tecnologismo se reduce, en muchos casos, a una sustitución de materiales y técnicas de construcción artesanales por otros industriales, sin que el pensamiento ni la metodología del arquitecto hayan llegado a transformarse y adecuarse a la nueva era." (Adolfo González Amezqueta.)

"Tal vez la eficacia futura de la actuación del arquitecto dependa de su capacidad de integración con otros niveles y campos." (Helena Iglesias.)

"En la actualidad la arquitectura es una actividad romántica y reaccionaria; su contacto con la situación real de la comunidad no existe." (José Ramón Sierra.)

"Por supuesto que la arquitectura está planteada en términos arcaicos." (José A. Fernández Ordoñez.)

"Se trataría realmente de hacer la mejor arquitectura posible, pero habiendo respondido previa, cotidiana, culturalmente a la cuestión: ¿Qué es hoy, la arquitectura?" (Manuel de Solá-Morales Rubió.)

"Nos seguimos aferrando a lo asistemático, al autodidactismo, rechazando, en nombre de unos supuestos valores artísticos, toda investigación o esfuerzo científico." (Eduardo Amann.)

"Las últimas producciones arquitectónicas representan fenomenales regresiones en el camino evolutivo de la arquitectura." (Joaquín Gili.)

"A nuestra sociedad no le interesa fomentar estudios que puedan poner en crisis sus mismas bases." (Estudio Per: Bonet, Tusquet, Cirici, Clotet.)

"El conocimiento y la técnica en lugar de estar al servicio de todos suele ser una mercadería que explotan con inaudito afán de lucro los monopolios y las sociedades anónimas." (Arturo Soria y Puig.)

Tales eran algunos de los comentarios recogidos en una encuesta publicada en la revista "Hogar y Moda" (hace ahora un cuarto de siglo) sobre el tema "La arquitectura y el arquitecto" y en la que se solicitaban opiniones sobre el papel que ambas partes –arquitectura y arquitectos– deberían desempeñar dentro de una sociedad en la que estaban empezando a producirse transformaciones importantes e irreversibles. La encuesta se iniciaba con un artículo especialmente crítico de George Candilis en el que podían leerse manifestaciones de este orden:

"El arquitecto no sirve para nada en

las condiciones actuales. Todavía algo peor: se convierte en un instrumento consciente o inconsciente de la degradación de su profesión. Se reduce a elemento comercial y él mismo orienta su propia producción arquitectónica de acuerdo con su propio interés mercantil. Sofocado por un sistema de contradicciones, confusiones, ignorancia y camuflajes, el arquitecto se encuentra en una posición ridícula a manera de relicario de un pasado perdido. Se le considera, ora como un 'artista', al cual se le acepta solamente para dar el toque plástico a la obra construida, ora como un subtécnico tomado más o menos en serio por los tecnólogos especialistas."

Yo mismo, organizador de la encuesta, no quise rehuir el espinoso tema y procuraba dejar aclarada mi postura al respecto:

"Si el hecho arquitectónico no incluye de algún modo valores humanísticos y culturales, no llegaría a ser arquitectura. Se ha repetido que la humanidad no estaría suficientemente servida por tener cubiertas, únicamente, unas necesidades de índole material. Lo que no cabe admitir es que tal inquietud induzca a creer que los problemas materiales pueden ser olvidados. Se hace preciso llegar a un nuevo concepto general de lo arquitectónico, capaz de corresponderse con una nueva tecnología y con nuevos avances científicos de todo género, al tiempo que asuma el nuevo humanismo derivado de una sociedad suficientemente en camino de evolución para que pueda empezar a ser considerada como distinta. Las exigencias de una Humanidad en crecimiento no deberían convertir la arquitectura en un proceso meramente automático y tecnológico, pero mucho menos habrán de permitir que continúe siendo, como hasta hoy, la actividad restringida de índole artístico-artesanal realizada por una minoría de elegidos para otra minoría de elegidos. Parece claro que la mentalidad del arquitecto deberá transformarse considerablemente y lo mismo la estructura profesional si ese cambio, en apariencia vital, ha de llegar a producirse. De no ser así,

sería lógico esperar que en un futuro más o menos lejano la sociedad llegará a eliminar al arquitecto como a una pieza inservible dentro de su mecanismo."

El revivir –en estos momentos en los que "Arquitectura" inicia una nueva etapa– tal tipo de cuestiones hoy olvidadas o marginadas (e incluso "pasadas de moda") podría denotar una mentalidad utópica en quien las resucita después de tantos años; pero lo cierto es que tales temas continúan sin ser resueltos y, lo que es peor, parece incluso que hasta hayan dejado de interesar. El que la arquitectura y tantas importantes cuestiones relacionadas con su significado y su papel respecto de la sociedad sigan planteándose en términos semejantes a como se hacía hace cincuenta o cien años (dejando a un lado aspectos puramente de estilo) debería hacernos pensar. Los métodos y programas de enseñanza ofrecen deficiencias y fallos evidentes; los sistemas de construcción, toscamente artesanales, siguen dominando la escena, incluso en países considerados como avanzados; la incorporación de nuevas tecnologías se cumple únicamente como hechos aislados y espectaculares, aconsejados o propiciados por poderosas razones de mercadotecnia; los nuevos procesos y posibilidades de la máquina, incluyendo los derivados de la electrónica y la cibernética, son generalmente desestimados (y consiguientemente despreciados o infrautilizados) por el arquitecto, que continúa siendo, como afirmaba Daniel Fullaondo en la encuesta citada, "esa figura incierta, vacilante y escindida entre compromisos superficiales; un poquito técnico, un poquito comerciante, un poquito artista, un poquito relaciones públicas..."

Tal vez no fuera ocioso meditar sobre el contenido de estos argumentos e ideas rescatados del túnel del tiempo y pensar si el intento de traerlos nuevamente a debate se justifica en un interés y una vigencia reales, o no es más que la consecuencia de una visión ilusoria y nostálgica de quien –una vez más– lo plantea. ■

Carlos Flores

Acallar las pasiones

Parecería obligado para un consejo de redacción al hacerse cargo de una revista que cuenta con una trayectoria de 75 años y representa a un colectivo como el nuestro, realizar una reflexión a modo de justificación. Sin embargo, este ejercicio acaba resultando casi siempre arbitrario. La publicación de una revista siempre supone un riesgo. Además, la manifestación de nuestra opinión al comienzo de una nueva etapa debería ofrecer tanto al editor como al lector alguna garantía, aunque esto, por contrapartida, implique admitir que los próximos números no se basarán en sí mismos, no producirán su efecto si no es bajo una luz apropiada, o que al lector no le será posible reconocer su importancia si no ha sido prevenido. Consecuentemente mi actitud hacia los prólogos es de una profunda desconfianza.

Acallar las pasiones es para mí una cuestión importante para no correr el peligro de desfigurar la información y caer en lo que podríamos denominar "intromisiones vanidosas".

A nivel personal habría que formarse sobre la base de una fidelidad, a la hora de transcribir el secreto que se publica, sin permitir deformarlo, haciendo hueco a las creencias y aportando ideas, mostrando gráfica-

mente y escribiendo aquello que no pueda decirse.

En el momento actual, a finales del siglo XX, aunque no lo creamos, la arquitectura está sujeta a un proceso progresivo de permanente actualidad, no solamente en los círculos específicos de arquitectos, sino en todos aquellos ciudadanos que tanto pasiva como activamente consumen información. Es un mundo de valores continuamente cambiantes, que afectan de lleno al panorama arquitectónico y que suponen, a mi modo de ver, un cambio en el papel que desempeña el crítico de arquitectura, que deja a un lado la función de juez, para transformarse en la de un intérprete. Ha llegado el momento de dejar de emitir juicios absolutos sobre los valores estéticos de las obras de arquitectura, dada la complejidad ideológica en la que estamos inmersos y la actual debilidad de la teoría arquitectónica.

Mi interés radica en que podamos ser los acompañantes que reconstruyen el proceso planificador de las obras publicadas en la revista, manteniendo constantemente un diálogo a todos los niveles, logrando recrear la obra, determinando así su vigencia y actualidad. ■

Aurora Herrera Gómez

En favor de la teoría ⁽¹⁾

Plus ça change...! Ahora es Alain Touraine quien salta a la palestra (Critique de la modernité. Fayard. Paris. 1993) para defender la buena nueva: la Modernidad sigue siendo posible. Ciertamente, serán necesarias algunas correcciones; la vieja dama razonable debe disimular sus arrugas. Pero, finalmente, **l'esprit d'avantgarde** tiene futuro. Y - más importante todavía -, tras la modernidad "de rostro humano" parece necesario diseñar la modernidad "con alma humana". Pascal toma el relevo de Descartes.

Los arquitectos ya sabemos algo de esto. No en vano todo empezó entre nuestras filas. Aquella fecunda polémica Casabella-L'Architettura (Rogers contra Zevi, continuidad versus crisis) fue la señal de partida. Luego se apuntaron semiólogos, sociólogos, filósofos, psicólogos,... Las discusiones se llenaron de ingeniosos prefijos como post, trans, neo o tardó. Un caos, pero divertido. Felizmente, siempre había arquitectos por medio para formalizar ese vertiginoso suceder de "poéticas" y tendencias.

Por supuesto, hubo escépticos; y también quienes disimulaban su indiferencia a las sollicitaciones culturales - cuando no su incapacidad intelectual

para seguir el ritmo de la polémica - en un pragmatismo "profesional". En boca de esos desertores del pensamiento, apuntados a la pereza mental más desencantada, lo "teórico" llegó a ser calificativo nefando.

Bien. Algunos - ciertamente "contaminados por la cultura" - todavía consideramos que plantear problemas puede ser enriquecedor; y que la búsqueda de posiciones a nivel teórico es capaz de aportar claves de comprensión a este debate; y que una arquitectura no intelectual revela un intelecto no arquitectónico; y que, sobre todo, la respuesta de los instalados en el falso realismo de la marginación voluntaria, que desprecia profundizar en los niveles del conocimiento, es, siempre, una arquitectura de mediocridad proporcionada.

De modo que aquí estamos. Nos une la común dedicación a la Universidad y un cierto desdén por lo sensato; el riesgo de sacar adelante una revista es excesivamente atractivo para despreciarlo. ¡Hay tanto que discutir, todavía! Así que hemos hecho nuestro el aforismo de Loos: el que tenga algo que decir, que dé un paso al frente... y calle. ■

Ignacio Vicens y Hualde

⁽¹⁾ Dedicado a Juan Daniel Fullaondo, que con Nueva Forma, grito sin eco en un desierto de patías, bellissimo ejemplo de insensatez, nos enseñó tanto a tantos.

El arquitecto necesario

Una revista permite volver a analizar la realidad en la que vive el arquitecto, su situación y su medio de trabajo, y así quizá encontrar respuesta a muchas preguntas que hoy nos acosan y pocos se interesan en exponer. No ignoraremos los problemas políticos y sociológicos que experimenta nuestra cultura; los intensos trastornos y los grandes fracasos de los modelos fundamentales que ha organizado este siglo, recordando que, o se han hundido, o viven un período de soledad crítica, que conducirá a corto plazo a otros cambios.

Todo ello ha contribuido al desarrollo de un nuevo individualismo, a la búsqueda desesperada de soluciones personales como respuesta a un internacionalismo económico y cultural imparables. Se anuncia la desaparición del sistema que intenta el llamado bienestar social, sin que conozcamos con claridad por cuál se sustituye. El viejo oficio del arquitecto ha experimentado tantas nuevas interferencias ligadas al desarrollo industrial contemporáneo, que difícilmente se pueden establecer lazos con la cultura arquitectónica más próxima, la de los años treinta o la de los cincuenta.

No existen referencias ideológicas nítidas y todo debe ser creado de nuevo, como si de un estado pos-bélico se tratara. En esta situación ha vuelto a adquirir un papel protagonista el valor de los presupuestos liberales. El determinismo histórico hoy abandonado, o los modelos económicos intervencionistas, serían sustituidos por lo que Isaiah Berlin llama la "decencia básica"; es decir, la defensa de la responsabilidad personal frente al vacío que los acontecimientos nos han dejado.

De nuevo parece necesario, alejados de toda actitud dogmática, buscar; buscar profundamente entre los restos de un arrinconado humanismo, con la conciencia de que el pasado es siempre presente, estableciendo a la vez un filtro crítico frente a lo que aparece con el lenguaje de la novedad, abandonando las palabras "divertido" o "bello", estableciendo el derecho a la sospecha sobre toda idea o manifestación que no pretenda crear unos lazos profundos e independientes, dar una respuesta ética aunque ésta sea imposible de acotar. Como Wittgenstein decía "este luchar contra las paredes de nuestra jaula es totalmente desesperado... la ética como un documento, una tendencia del ánimo humano".

Los ideales de los maestros del movimiento

moderno permanecen arrumbados en un mundo de potente intercambio, en el que la tendencia "ética" del arquitecto se dirige, en el mejor de los casos, hacia la investigación formal como un medio de incidir en las avejentadas superestructuras. Es allí donde el papel del arquitecto ha adquirido un nuevo valor de mercado sin correspondencia aparente con su utilidad real en la sociedad. Lo que nunca parecía posible, "la revolución desde el arte", es hoy el objetivo inconsciente de muchos arquitectos y es la tarjeta de visita de críticos y mercaderes.

Las publicaciones de arquitectura han apoyado a esta actitud. La crítica arquitectónica se ha encargado de buscar en lo producido valores simbólicos o metafísicos, siempre derivados de segundas o terceras lecturas, cuando no simples valores de trueque e intercambio o, en la mayoría de los casos, a describir en los viejos términos de Rubert de Ventós su ensimismamiento, su valor como objeto cerrado a más interpretaciones. Nunca como ahora se ha recurrido tanto a otras manifestaciones artísticas, literatura y cine, para acompañar una arquitectura "de alta costura", en palabras de Quetglas. La fotografía ha adquirido por ello un papel de protagonista frente a la ausencia de análisis de lo pensado, producido y construido.

Es difícil hacer compatible este "estilo" con una responsabilidad personal independiente frente a los numerosos conflictos que los recientes cambios están dejando detrás de sí: la deficiente comunicación entre arquitectura y sociedad, la enseñanza de la arquitectura o la relación del arquitecto con el proceso constructivo, lleno éste último de componentes sofisticados con procesos de producción complejos y avanzados, y en los que se debe confiar sin otras alternativas. La construcción se ha convertido en una farmacopea de la que sólo podemos conocer sus compatibilidades.

En los años sesenta proliferaron las revistas de arquitectura cargadas de pensamiento político (se decía "politizadas"), se hacía urbanismo político (difícil mezcla de términos), arquitectura con la pretensión de resolver problemas urbanísticos, de vivienda, se hablaba de tipologías y se descubría, desde una actitud crítica o ideológica, el valor del pasado, el sentido de la recuperación de la ciudad vieja frente a su destrucción especulativa.

Muchas de aquellas batallas se han perdido. Algunas eran equivocadas, otras imposibles, utópicas.

Se pretendía la formación de un profesional distante del actual arquitecto, profundamente "desideologizado". La potencia crítica de aquellas generaciones se ahogó como un sencillo terrón de azúcar. Los urbanistas se hicieron diseñadores urbanos; los sociólogos urbanos desaparecieron, murieron con cada partido político, con cada encargo, con cada puesto de mando. Murieron también las más bellas utopías arquitectónicas, los nuevos modelos de ciudad, las investigaciones estructurales, etcétera. Ovidaron aquellos arquitectos que la sociedad era algo más que sus organizaciones políticas; quizá porque nunca lo entendieron.

Su puesto fue ocupado rápidamente por arquitectos que no contestan ni a las más viejas preguntas, ni a las actuales de nuestra contemporaneidad. Su silencio es parte de su visión de la cultura y debe ser respetado. Son artistas introvertidos, en los casos en los que se pueden llamar así, aunque monopolicen los medios de comunicación. Abramos también otras puertas desde esta revista, interesados como estamos en otros arquitectos necesarios.

Esta disposición tolerante no puede significar la inclusión en el mismo lugar de todas las actitudes reduccionistas de una parte de la crítica actual, alimentada desde los medios de comunicación, en los que se describe la arquitectura no sólo en términos ligeros, sino con la misma visión de las revistas "del corazón"; fomentando una selección minoritaria en términos de mercantilización de la cultura, ahogando a cientos de arquitectos jóvenes en la oscuridad del silencio cuando más necesaria es su participación, tentado a otros con vulgares espejuelos. No podríamos entregar el noble oficio de la arquitectura a lenguajes y posiciones triviales que no pueden justificarse siquiera en aras de la divulgación. Ejemplos correctos de esta misión divulgadora los encontramos en obras, hoy clásicas, de autores como Zevi o Hitchcock. Parece imprescindible pensar en la obligación de contribuir desde esta revista a una arquitectura y un arquitecto necesarios, capaces de dar respuestas a los nuevos problemas y a los viejos (hoy abandonados), de enfrentar un futuro incierto y atractivo; como atractivo es siempre el transcurrir arriesgado y generoso de quien pretende adelantarse a su tiempo sacrificando y arriesgando, equivocándose también. ■

Salvador Pérez Arroyo